



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El Descubrimiento como mito

Autor: López-Schümmer, José Luis

Forma sugerida de citar: López-Schümmer, J. L. (1988). El Descubrimiento como mito. *Cuadernos Americanos*, 3(9), 21-26.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 9, (mayo-junio de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL DESCUBRIMIENTO COMO MITO*

Por *José Luis* LÓPEZ-SCHÜMMER
AIETI, ESPAÑA

SI LEEMOS la lista de los asistentes a este encuentro, nada parece justificar mi presencia en ella. La casi totalidad —el casi soy yo— la componen nombres insignes del pensamiento americano y español. La obra de todos es amplia, su repercusión profunda; todos han hecho valiosísimas aportaciones a la filosofía o a la sociología o a la historia. Entre ellos mi presencia queda subrayada por la modestia de mi biografía, en la que, si algo se destaca de manera visible y ostentosa, son las plumas blancas de mi bicornio de embajador.

Y, sin embargo, estoy aquí. Y no sólo estoy aquí, sino que tengo la avilantez de, correspondiendo a una amable invitación, ser yo quien inicie el coloquio. Permítanme, primero, dar las gracias al doble y aparentemente injustificado honor —el de estar incluido en la lista de participantes y el de haberme correspondido pronunciar estas palabras iniciales— antes de que intente explicar la razón —puesto que razón tiene que haber— de mi presencia.

Creo que ella es bien sencilla. No se ha invitado a José Luis López-Schümmer, sino al Presidente de la Sociedad Estatal, encargada de ejecutar los programas conmemorativos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Esta explicación es suficiente y tiene, además, el mérito de evitar que, en la compañía de todos ustedes, mi modestia sufra.

La Sociedad Estatal que presido surgió en 1982 a diez años de la fecha del medio milenio. El Gobierno español creó, en abril de 1982, una Comisión Nacional para la celebración del acontecimiento y, para conseguir la mayor agilidad operativa y la menor esclerosis burocrática, la dotó de un órgano ejecutor, configurado como sociedad anónima, constituido íntegramente con capital del Estado.

Como el hombre es el único y extraño animal que pregunta y, lo que es aún más insólito, se pregunta, a todos inmediatamente se

* Palabras de presentación leídas en el acto inaugural del Simposio "Las ideas del Descubrimiento en América Latina".

nos vienen a la mente estas dos interrogaciones: ¿qué es lo que se quiere celebrar? y ¿por qué se quiere celebrar?

Pero Grullo, cuya reflexión no se movía al parecer más que en la modalidad de los juicios apodícticos, hubiera contestado con toda rapidez: si existe una Comisión Nacional para la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, es evidente que lo que se quiere celebrar es el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Pero Grullo tendría, indudablemente, razón. Es la ventaja de enunciar únicamente juicios apodícticos. Las cosas empiezan a oscurecerse cuando nos preguntamos sobre el sentido que pudo tener y puede seguir teniendo el hablar del Descubrimiento de América.

Porque ¿hubo efectivamente un descubrimiento? El diccionario nos dice que descubrir es hallar lo que estaba ignorado o escondido.

¿Estaba América, lo que luego se ha llamado América, ignorada y escondida hasta 1492? Según para quién, no hay duda. Hasta 1492 el inmenso continente americano estaba oculto para los europeos. Desechemos, porque son irrelevantes, las hipótesis de que tampoco para los europeos eran desconocidas las tierras americanas, porque con anterioridad a Cristóbal Colón habían llegado a ellas el vikingo Leif Erikson o el español Alonso de Huelva. En historia, al igual que a veces en derecho, únicamente son válidos los hechos de los que se ha dado fe pública.

No, no es ése el problema. La dificultad para que la oportunidad de la conmemoración se admita por todos radica en el hecho de que es una evidencia el que América ni estaba oculta ni era ignorada antes de 1492 para y por sus propios pobladores. No se arguya que la discusión es puramente semántica, y no histórica. Detrás de esa discusión laten, se nos dice, dos concepciones diametralmente opuestas de las realidades europea y americana. Al afirmar que América fue descubierta en 1492 y que el hecho constituyó un hito histórico, queremos decir: primero, que hasta esa fecha América estaba oculta para Europa y segundo, que esa ocultación le había impedido ingresar en la Historia Universal, es decir, en la Historia de la Civilización. Los pueblos que la habitaban eran, por tanto, no sólo ignorados, sino ignorantes. Esta visión se refleja en la acción de descubrir: unos descubren, papel activo; otros son descubiertos, papel pasivo. En esa relación de actividad-pasividad los primeros van a llevar y los segundos van a recibir la civilización. No es necesario insistir en que una tal concepción no es históricamente admisible porque adolece de un eurocentrismo invalidante. Como, no obstante, no se puede negar la descumunal magnitud de las consecuencias de la empresa colombina, se ha propuesto sustituir el término descubrimiento por el de encuentro. Conmemo-

ramos el Quinto Centenario del encuentro de dos mundos. Encontrar puede significar, más claramente que descubrir, una relación sinalagmática. Uno y otro mundo encuentran y, a la vez, son encontrados. Americanos y europeos encuentran y se encuentran.

Nadie, creo, puede sostener ya una historia escrita desde una Europa concebida como centro y medida de todas las cosas, aunque puede que sea casi imposible tarea escribir una historia que no contemple los hechos desde una perspectiva concreta, tanto espacial como temporal.

Pero, prescindiendo del escorzo deformante de toda perspectiva, debe tenerse en cuenta que cuando decimos, por ejemplo, Descubrimiento de América o Edad Media o Siglo de las Luces, emitimos juicios de valor, muchos de ellos determinados por el ángulo de observación del historiador, en este caso europeo; pero nos referimos también a una serie de conocimientos tópicos. Aceptar éstos, poniendo entre paréntesis mentalmente su carácter de lugares comunes o estereotipos, no nos impide proceder a una rigurosa revisión de los juicios de valor, lastrados de unilateralidad.

Pero, en mi opinión, hay un argumento decisivo para persistir en la denominación tradicional. La celebración del medio milenio del Descubrimiento de América no es la conmemoración de un acontecimiento histórico, sino la de un mito.

Señalan los etnólogos la facilidad con que la memoria colectiva tiende a transmutar, transcurridas apenas décadas, un hecho histórico en una realidad mítica. Con tanta mayor razón en un acontecimiento que, como el Descubrimiento de América, desde su inicio fue vivido ya como un mito e, incluso, previsto proféticamente.

Ríos de tinta se han vertido sobre las profecías tanto europeas como americanas que presagiaban la existencia del otro mundo. Desde Séneca y la Última Thule hasta la leyenda azteca del retorno de Quetzalcóatl, toda la realidad histórica previa al Descubrimiento es un presentimiento.

Entre todas esas leyendas quiero recordar la de la isla de las Siete Ciudades. Según ella, al producirse la invasión musulmana un obispo hispánico huyó por el mar acompañado de algunos seguidores, camino de Occidente. Lejos de la Península encontró unas islas. Se estableció en ellas, pero como además de obispo era nigromante, consiguió con artes maravillosas que la isla, llamada de las Siete Ciudades, fuese en adelante invisible para toda criatura venida de Oriente hasta que llegase el día en que España se recuperase para la cristiandad.

La conquista de Granada reproduce esa ansia unitaria. A partir de ese momento el español está históricamente grávido. No es,

pues, de extrañar la impresión que la caída del reino nazarí produjo en Cristóbal Colón.

Se ha señalado el carácter mesiánico del Almirante y se ha recordado a menudo la importancia de lo profético en la génesis del Descubrimiento. Sabido es que la empresa que inició Colón formaba parte de una vasta ambición, en que entraba la ulterior toma de Jerusalén, la unidad del mundo, su cristianización total y la llegada de la plenitud de los tiempos. Y esta plenitud de los tiempos, subyacente también en la leyenda de la isla de las Siete Ciudades, enlaza con los orígenes del universo, cerrando el ciclo de la creación. A ella se debe la convicción de Cristóbal Colón de que el Paraíso terrenal estaba situado en aquellas tierras descubiertas.

Vemos cómo se afirma así el tiempo mítico frente al tiempo histórico. Éste es lineal e irrepitable; aquél, circular y reversible. El tiempo vivido históricamente tiene un inicio y se va desarrollando como sucesión de momentos iguales. Cuando hablo de igualdad no quiero decir, naturalmente, que algunos acontecimientos no tengan más relevancia que otros en el sentido de que poseen una mayor capacidad de explicar hechos subsiguientes. Pero, si tienen mayor relevancia, no tienen mayor significación. El verbo significar quiere decir que una cosa es signo de otra. Una cosa, una persona, una palabra, en resumen, una realidad significa algo cuando se convierte en expresión o signo de otra realidad o idea. Ser signo es manifestar, referirse a algo exterior al signo mismo.

Lo que caracteriza, en efecto, al tiempo mítico, es que el circular, reversible y significativo. El hombre arcaico pensó el tiempo humano como el de la naturaleza, que se produce por ciclos. Con la vuelta regular de las estaciones se realiza el ciclo vegetal, las plantas anuales se renuevan, germinan, florecen, fructifican, maduran y perecen, y de nuevo el ciclo comienza. Otros ritmos, más cortos, son como pulsaciones de esos otros más lentos: alternativas de vigilia y sueño, que corresponden a los giros de la tierra, que se traducen en el día y la noche. Aun tenemos ritmos de mayor aceleración como el cardíaco y el respiratorio.

La vida humana es una repetición de millares, de millones de ciclos que acaban y recomienzan. Pero esas repeticiones son, además, significativas. Para el hombre arcaico un objeto, o un acto, no se convierte en real, no existe realmente más que en la medida en que se repite; esto es, imita un modelo o arquetipo, del que es su signo. Todo lo que no tiene un modelo ejemplar está desprovisto de sentido.

Esta repetición de los modelos, al permitir que el tiempo vuelva sobre sí mismo, lo anula, lo cancela. La imitación de los arquetipos

y la reproducción de los gestos paradigmáticos producen la abolición del tiempo, de la historia. No en balde Nietzsche hablaba del "eterno retorno". El triunfo sobre la historia se llama eternidad

Decía antes que la memoria colectiva tiende a transformar, en breve tiempo, la historia en mito. El mecanismo depurador se debe a que la memoria popular no retiene fácilmente los acontecimientos "individuales". Funciona gracias a otras estructuras: categorías en lugar de acontecimientos, arquetipos en vez de personajes históricos. El recuerdo de los acontecimientos históricos y de los personajes cambia, insisto, en poco tiempo, para conseguir someter lo individual al molde de lo ejemplar.

No sé si es debido al hombre arcaico que llevamos dentro, pero el hecho es que los pueblos siguen operando de esta manera mitificadora. Las celebraciones, con sus periodicidades y con sus ritos, responden a esa necesidad del alma popular.

Y si en algún caso esto es así lo es en la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Les ruego, señores, que me entiendan. No pretendo, ni deseo ni puedo pretender, que en esta ocasión no se siga haciendo un esfuerzo renovado para que la historia del Descubrimiento y la posterior no se ajusten cada vez más al máximo rigor científico. Si hay una convocatoria ineludible y apremiante de aquí a 1992 es el trabajo exigente de los historiadores. No pretendo tampoco, entre otras razones porque sería vano intento, que el hombre actual imite a sus antepasados y abandone su vivencia del tiempo histórico y trueque, por ejemplo, su concepción historicista por la filosofía platónica.

Afirmo tan sólo que la minoría popular sigue —¿seguirá siempre así?— teniendo estructuras mentales que proceden de la noche de los tiempos; afirmo que las conmemoraciones son una expresión contemporánea de la mentalidad arcaica y que el Descubrimiento de América fue visto, desde el comienzo, como un mito. Afirmo, por último, que esto puede ser positivo.

Puede ser positivo por dos razones esenciales: primera, porque en mi opinión el Quinto Centenario no debe ser un acontecimiento que se limite a unas minorías y se circunscriba a unos trabajos de expertos, aunque ello sea, naturalmente, una exigencia irrenunciable. Es preciso que el medio milenio sea una conmemoración popular y multitudinaria.

Segunda razón, porque en la vivencia mítica se afirma una manera de vivir el tiempo que necesitamos en 1992. Esa manera es la ejemplaridad. Ahora bien, la ejemplaridad del mito no es la de la historia, cuando decimos que ésta es la maestra de la vida. No se trata de, conociendo el pasado, evitar errores o esquivar obstáculos.

Se trata, como hemos dicho, de que lo que ocurrió en los orígenes, *in illo tempore*, tiene carácter de paradigma. Si repetimos lo que se hizo, se reproducirán mágicamente aquellos hechos. El mito nos permitirá en 1992 no rememorar, recordar a 1492 como pasado, sino re-actualizarlo, re-vivirlo como presente. Se trata de descubrir realmente de nuevo a América.

El mito del descubrimiento es el mito del Mundo Nuevo. El Descubrimiento del Nuevo Mundo —el término fue empleado muy pronto por Mártir de Anglería— es el mito de la recreación del mundo; es, por lo tanto, una cosmogonía. Nada de extraño tiene, pues, que se produjese en la época del re.nacimiento. Re-nacer es volver a los orígenes, volver a crear el mundo como fue *in illo tempore*. E *in illo tempore* el mundo fue uno. Ésta es la significación de la celebración del mito del descubrimiento: descubrir, de nuevo, la unidad del mundo.

América significa, es el signo de esa unidad. El continente americano es el único en que confluyeron todos los otros hombres y civilizaciones; sus pobladores primitivos de origen asiático, los europeos y los africanos. Vasconcelos expresó esa realidad en su "raza cósmica". Por eso, aunque pueda hablarse de un encuentro entre dos mundos en 1992, lo realmente significativo es el re-descubrimiento de América, la re-creación del Mundo Nuevo, la re-novación del mito de la unidad del mundo.

La conmemoración de esta re-creación del mundo en la fecha del medio milenio del Descubrimiento es la mejor arma de que disponemos para combatir la amenaza de apocalipsis que se dibuja en el horizonte del año 2000.